

## *Explicar y comprender en psicología*

De las tres vías de acceso a las ciencias humanas (la del historicismo, la hermenéutica y la positivista) que confluyen en Dilthey, la psicología «científica» (la llamada «mainstream») entró resueltamente por la vía positiva (explicar), mientras que la psicología fenomenológica siguió la vía hermenéutica (comprender). El psicoanálisis, por su parte, empezó su andadura por la vía positivista con pretensiones de ser una ciencia explicativa como la fisiología, pero derivó pronto hacia la «comprensión» histórica y acabó siendo una hermenéutica. Estas posiciones metodológicas quedaron bien establecidas en su estatuto epistemológico, gracias a la distinción entre «erklären» y «verstehen» que establece en el siglo XIX el gran historiador alemán Johann Gustav Droysen (1808-1884) y que Dilthey iba a recoger para instalarla nada menos que en el centro de su teoría sobre las ciencias humanas.

A muchos les pareció que este criterio metodológico era el más adecuado para distinguir a las «Naturwissenschaften» de las «Geisteswissenschaften». Por ejemplo, K. Jaspers lo aplicó con gran cuidado en su «Psicopatología general». Jaspers, lo mismo que Max Weber, diferencia claramente estos dos métodos que pertenecerían, según ellos, a dos niveles diferentes de inteligibilidad de lo real. Por «EXPLICACION» entendemos cómo se anudan casualmente los diversos hechos psicológicos en regularidades —o relaciones funcionales, como diría B. F. Skinner—, en base a experiencias reiteradamente observadas en el

pasado<sup>1</sup>. Explicar es determinar las causas de un fenómeno. Para explicar hemos de seguir un procedimiento que se eleva desde el nivel observacional (experimental), gracias a la inducción de hechos concretos, hasta lograr un nivel más alto en el que es posible fijar relaciones constantes o leyes generales, por ejemplo, leyes del tipo de las ecuaciones matemáticas que establece la física.

Nada de esto ofrece la «COMPRESION» psicológica; si acaso: sólo alguna que otra vez ofrecerá relaciones causales; sólo raramente, ofrecerá leyes, y nunca podrá como la física o la química, establecer relaciones causales que puedan expresarse en ecuaciones matemáticas<sup>2</sup>. El método comprensivo en psicología no es, pues, causal; o en todo caso, nos ofrecería una «causalidad desde dentro»: he ahí su carácter distintivo y a la vez complementario de la «explicación causal» de las ciencias naturales. La comprensión es una penetración, una «Einfühlung» e «inmersión en lo psíquico». Intentar comprender es tratar de llegar a la intimidad individual de los fenómenos psicológicos —o también sociales— en la que se hallarán esas «totalidades vividas», cuya originalidad e individualidad se respetan. Contrariamente a las explicaciones del atomismo positivista (que no vacila en desintegrar y violentar el fenómeno), pero se queda, no obstante, en su sobrehaz o en las relaciones exteriores, la comprensión, en cambio, capta las relaciones internas y profundas<sup>3</sup>.

Gracias a esta penetración en lo psíquico, «comprendemos genéticamente cómo lo psíquico surge de lo psíquico»<sup>4</sup>. Comprendemos cómo/porqué el que es atacado, se torna colérico; o cómo/porqué el que es engañado se torna desconfiado. Cuando Nietzsche relaciona la conciencia de la debilidad, de la miseria y del dolor con las exigencias morales y religiosas de redención, mediante las cuales, el alma satisface, como por un rodeo, su voluntad de poder, está haciendo psicología compren-

1. Cfr. *Psicopatología general*, Buenos Aires, 1970, p. 351.

2. *Ibid.*, p. 352.

3. Cfr. *Freud, La mente de un moralista*, Buenos Aires, Paidós, 1966, p. 119.

4. Cfr. K. JASPERS, 1. c., p. 351.

siva<sup>5</sup>. Y todo el mundo «comprende» que se hace viejo, o la aparición de un desvarío, o a una personalidad anormal. Aunque la psicología comprensiva se hace *con motivo* de la experiencia, no es «verificada» *por* la experiencia repetible e inductivamente probada, al modo de las ciencias naturales. En claro contraste con éstas, la verificación de la psicología comprensiva se efectúa con «vivencias de evidencia» («Evidenzerlebniss»). No es una verificación pública y constatable como la científica, pero sus resultados se nos imponen igualmente. Cierto: la evidencia de esas relaciones comprensivas no prueba que sean también «reales» aquí y ahora, en un determinado caso; ni siquiera prueba que se produzcan *realmente* en general. Cuando Nietzsche aplica esas relaciones entre la conciencia de la debilidad y la exigencia de redención al origen del cristianismo, «esa aplicación al caso especial puede ser falsa, a pesar de la exactitud de la comprensión general (de tipo ideal) de aquella relación»<sup>6</sup>.

En fin, como puntualiza Max Weber, comprender «equivale en todos los casos a una captación interpretativa del sentido o conexión del sentido»<sup>7</sup>. Pero en las ciencias humanas no se trata de cualquier sentido ni de cualquier comprensión vulgar, sino sólo de la «erklärendes Verstehen». Sólo comprenderemos si podemos explicar, dice Max Weber, con lo que nos muestra así una clara implicación de los métodos. Efectivamente, en las manos de Max Weber comprender y explicar nos aparecen mucho menos opuestos y mucho más complementarios que en las manos de Jaspers. Técnicamente, comprensión es para Weber: «la captación interpretativa o conexión de sentido (a) mentado realmente en la acción particular (en la concepción histórica), (b) mentado en promedio y de modo aproximado (en la consideración sociológica), (c) construido científicamente (por el método tipológico) para la elaboración del «tipo ideal

5. Cfr. K. JASPERS, l. c., p. 353.

6. *Ibid.*, p. 353.

7. Cfr. *Economía y sociedad*, Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1969 (ed. orig. 1922), p. 9.

de un fenómeno frecuente»<sup>8</sup>. Conviene, antes de seguir, subrayar sólo las implicaciones recíprocas que hace Weber entre «*verstehende Erklärung*» y «*erklärendes Verstehen*». Pero el que estén implicadas no quiere decir, en modo alguno, que estén confundidas; para Weber, la explicación causal seguirá siendo la garantía de la cientificidad<sup>9</sup>. A veces, pueden encontrarse casos en los que se explique pero *apenas se comprenda nada* (es el caso de la explicación naturalista y de gran parte de la psicología conductiva, que vamos a analizar inmediatamente); y habrá también veces en las que se comprendan fenómenos psíquicos pero *no se expliquen* (es el caso del ejemplo precedente de Nietzsche y de gran parte de las psicologías humanistas y psicoanalíticas que se examinarán también en este artículo).

A los desarrollos metodológicos sobre estos dos modos de inteligibilidad, podrían señalarse tres jalones muy señeros: Hegel, Marx y Freud, los cuales, como anota Lucien Goldmann (1970), practicaron casi sin apercibirse de ello, y con gran penetración y eficacia la comprensión/explicación de los fenómenos históricos, sociales y psíquicos<sup>10</sup>. Pues bien, todos estos esclarecimientos quedaron anegados por la ola de positivismo (de explicaciones exclusivamente causales) que dominó hasta tal punto el campo de las ciencias humanas, que incluso los métodos «comprensivos» quedaron comuflados bajo los «explicativos». Así las geniales «comprensiones» de Hegel y Marx fueron «explicadas» en función de los factores económicos; y las profundas «comprensiones» de Freud fueron «explicadas» en tér-

8. *Ibid.* Es interesante anotar el estricto paralelismo de este párrafo que citamos co nel párrafo 1, en donde se expone la noción de sentido en términos simétricos (cfr. p. 6).

9. Cfr. JULIEN FREUND, *Las teorías de las ciencias humanas*, Barcelona, Península, 1975, p. 127.

10. Hegel, Marx y Freud constituyen, en efecto, tres grandes etapas en el desarrollo del "estructuralismo genético" que popularizó Lucien Goldmann, y cuyo principio general es que todo comportamiento humano tiene una estructura significativa. Este estructuralismo ha abierto nuevas perspectivas a las ciencias humanas, así como la posibilidad de una integración de la vieja dicotomía "explicar/comprender". Cfr. LUCIEN GOLDMANN, *Marxisme et sciences humaines*, Paris, Gallimard, 1970.

minos de la «libido»<sup>11</sup>. Por lo menos, en lo tocante a Freud, veremos más abajo que eso constituyó una tragedia para el psicoanálisis.

Durante los dos primeros tercios del siglo, la controversia fue generalmente resuelta a favor de la explicación causal. La filosofía de la ciencia neopositivista falló inapelablemente a favor de la explicación y en contra de la comprensión; de modo que quedó por entonces claro que el verdadero saber es exclusivamente el adquirido por el método científico (explicación causal), mientras que la comprensión de las ciencias humanas era un saber precientífico, secundario. Naturalmente la cuestión no quedó cerrada<sup>12</sup>, ni mucho menos. Hoy probablemente esté aún tan viva como en los mismos días de Dilthey. Los términos de la cuestión tal como hoy la planteamos, podrían formularse —quizá algo crudamente— así: ¿Da lo mismo que en las ciencias humanas el objeto de estudio sea también el sujeto de esa ciencia? Esta cuestión nace de la dificultad de base que confronta todo saber humano, y es ésta: ¿Cómo puede el hombre como persona hacer del hombre como persona el objeto de una investigación empírica? ¿Acaso no precisa el científico de las ciencias humanas saber tanto sobre el *ojo que mira* como sobre el objeto *al que mira*?<sup>13</sup>. Karl-Otto Apel aun lo formula más profundamente: ¿no hace diferencia alguna el que el *objeto* de la ciencia sea también el *sujeto* de esa ciencia; en concreto, la sociedad humana en tanto que comunidad de comunicación?<sup>14</sup>.

Como veremos en (I, A-B) de este artículo, la psicología positivista no pareció apereibirse debidamente de las graves cues-

11. Cfr. L. GOLDMANN, l. c., p. 28.

12. Tampoco es una cuestión obsoleta como quieren algunos científicos, que parecen temer que se rompa con esa dicotomía la "sagrada unidad" de la ciencia.

13. O, como dice también L. Goldmann, no hay un comienzo absoluto en las ciencias humanas; "el sujeto de pensamiento es parte del objeto que estudia". O, a la inversa: el objeto de estudio es un elemento constitutivo "et même un des plus importants" de la estructura del pensamiento del (o de los) investigadores de ese objeto. Cfr. *Marxisme...*, p. 55.

14. Cfr. *The "A Priori" of Communication and the Foundation of the Humanities*, en "Man and World", 5 (1972), p. 3.

tiones epistemológicas que encierran los precedentes interrogantes. Por eso, su respuesta fue muy simple: hacer una psicología como ciencia natural (en donde se «explica» sin apenas «comprender»). A la postre, sus trabajos nos resultan insatisfactorios, y nos obligan de nuevo a cuestionar: ¿deben las ciencias humanas seguir miméticamente los pasos de las ciencias naturales?; o tal vez ¿deben, más bien, desarrollar sus propios métodos, que sean adecuados a su objeto —el estudio de las personas— y posiblemente complementarios de los métodos tan exitosamente utilizados por las ciencias naturales? La respuesta afirmativa, sin vacilaciones, constituyó la «raison d'être» de la psicología humanística. Lamentablemente, veremos también en la sección I cómo tampoco las «comprensiones» de la psicología humanística son enteramente satisfactorias, y en qué tienden a fallar como ciencia. En vista de lo cual, surge ese movimiento aun reciente pero de gran vitalidad y capacidad productiva que se denomina psicología fenomenológico-hermenéutica<sup>15</sup>.

El PROPOSITO de este ensayo es, pues, examinar en la Sección I las «explicaciones» sin «comprensión» de la psicología positiva. Lo que haremos siguiendo un orden cronológico: insuficiencias en las explicaciones de la psicología conductiva (A), las explicaciones de la psicología cognitiva (B) y las explicaciones de Piaget (C). En la Sección II examinaremos las «comprensiones» sin explicación suficiente. Veremos tanto las buenas intenciones de la psicología humanista por superar las anteriores insuficiencias de la explicación como los fallos en cuanto ciencia que suele presentar esta psicología (A). El caso, tan interesante epistemológicamente del psicoanálisis (B), nos alertará para percibir ciertos elementos-clave en toda comprensión psicológica; ellos guiarán nuestra reflexión hacia interesantes cuestiones meta-psicológicas (III. Comprender «Y explicar) que en esta ocasión quedarán meramente esbozadas. Pero esperamos que, después del examen que nos proponemos

15. Destaca entre ellos, A. GIORGI, *Psychology as Human Science, A Phenomenologically Oriented Approach*, Nueva York, Harper, 1970.

hacer, quede claro el apremio actual de la vieja cuestión del «Verstehen» así como la urgencia de que la psicología encuentre una nueva heurística más allá de cualquier insuficiente exclusivismo de la explicación o de la comprensión. Lo que necesitamos es un psicología que explique «y» comprenda, o, como le gustaba decir a Max Weber, lo que necesitamos son explicaciones comprensivas («erklärendes Verstehen»).

## I. «EXPLICAR» SIN «COMPRENDER»

### A. INSUFICIENTES "EXPLICACIONES" DEL CONDUCTISMO

La psicología conductista ha dejado ya de existir. M. Yela (1980) cree que «no es exagerado afirmar que el conductismo ha muerto»<sup>16</sup>. Pero, como suelen hacer los muertos, el fenecido sistema conductista nos dejó su herencia<sup>17</sup>. Tal vez lo mejor de esa herencia sea el ejemplar fracaso que obtuvo su gran empresa metodológica en psicología. Así como suena: su fracaso fue una gran aportación de los conductistas a la psicología<sup>18</sup>. Gracias a que los conductistas tomaron muy en serio la posibilidad de hacer psicología explicativa al modo de las «Naturwissenschaften», y gracias a que su intento se demostró imposible, se despertaron los psicólogos y algunos filósofos del sueño que tenían de hacer una psicología científica con gran purismo que, a veces, degeneró en cientifismo.

Desde la perspectiva de nuestro tema, podríamos similar-

16. Cfr. *La evolución del conductismo*, en "Análisis y modificación de conducta", 6 (1980), p. 170.

17. M. YELA (1980) señala cinco puntos del "saldo del influjo" del conductismo en la psicología: (1) el inmenso repertorio de conocimientos rigurosos; (2) aportación tecnológica; (3) el atenuamiento a lo observable; (4) orientación, principalmente en B. F. Skinner, hacia la intervención práctica en la conducta para dominarla y modificarla; y (5) el haber desplazado el acento verificador desde la conducta privada a la conducta patente. Cfr. *La evolución...*, p. 172.

18. Es la conclusión a la que llega MACKENZIE (1977) después de un concienzudo estudio en el que analiza la suerte del conductismo ligada a la del positivismo. La contribución positiva del conductismo, según él, "lies in its practical demonstration of the untenability of the methodological principles on which it was founded", cfr. *Behaviorism and the Limits of Scientific Method*, Londres, Routledge & Kegan, 1977, p. 154.

mente decir que, gracias a que el intento conductista de producir un conocimiento causal explicativo e incontaminado de todo mentalismo, acabó, de hecho, produciendo un conocimiento «espúreo y pseudoconocimiento», como dice Koch (1974), gracias a eso, ya no pueden tener los psicólogos tanto miedo a contaminar sus explicaciones con elementos de la filosofía comprensiva. Actualmente, los psicólogos —por ejemplo, entre nosotros, Julio Seoane (1980)— creen que ya ha llegado «el momento de normalizar nuestras relaciones con la filosofía»<sup>19</sup>. En su afán por lograr la respetabilidad científica, los conductistas pretendieron huir tan lejos como les fuese posible de la filosofía. Renegando de toda metafísica, fueron a hacer los necesarios préstamos filosóficos con el positivismo lógico, que por entonces les ofrecía las mejores garantías de que no se les infiltraría la metafísica en sus teorías. La oferta de las filosofías positivistas en el primer tercio de siglo era, además del positivismo lógico, el neopragmatismo y el operacionismo de un filósofo mediocre, P. W. Bridgman. Pues bien: se apropiaron ávidamente las doctrinas que Bridgman había diseñado para los físicos, pero que éstos habían pronto abandonado por excesivamente circulares (vg., longitud es el resultado de las operaciones de la cinta métrica). Hasta el mismo Bridgman hubo de advertir a los psicólogos contra los peligros del uso abusivo del operacionismo<sup>20</sup>.

En todo este préstamo operacionista, los psicólogos ostentaron una reflexión epistemológica insuficiente e ignoraron o creyeron muy optimistamente que las «reglas operacionales» aseguraban sin más el significado de los conceptos, a su vez, definidos operacionalmente. Pero desgraciadamente no hay tales reglas, ni es permisible identificar el significado de un concepto con su definición operacional. ¿Qué valor tiene el definir la inteligencia como lo que miden los tests? Se buscaba

19. Cfr. *Problemas epistemológicos de la psicología*, en "Análisis y modificación de conducta", 6 (1980), p. 92.

20. Cfr. P. W. BRIDGMAN, *Remarks on Present State of Operationism*, en F. T. SEVERIN, "Humanistic Viewpoints in Psychology", Nueva York, McGraw-Hill, p. 227.

en los préstamos del operacionismo definiciones precisas e incontaminadas de toda metafísica; pero todo lo que encontraron fue considerable confusión conceptual y un berenjenal de ambigüedades en el uso de los significados<sup>21</sup>. En este sentido, fue fecundo el fracaso del operacionismo: en que demostró que no se puede hacer una psicología sobre planteamientos antimetafísicos o siguiendo estrictamente el método de las «Naturwissenschaften». Se pretendía librar a la psicología de las contaminaciones de la metafísica, pero lo que, de hecho, se consiguió, según Koch (1974), fue un conocimiento «a-meaningful», «a-ontological» y «fictionalistic»; es decir, un conocimiento espúreo e irrelevante; un conocimiento generado más por el «processing» que por el «discovery»<sup>22</sup>. Tal vez otros no vean tan negativos los resultados del operacionismo, pero sí, al menos, se puede decir con seguridad que los operacionistas no llevaron a la psicología al conocimiento de las leyes universales del comportamiento humano. Las que ellos creían que eran leyes universales (ley del efecto, principio del ejercicio, principio de la respuesta activa) han sido recientemente revisadas y particularizadas<sup>23</sup>.

¿Cómo se llegó a este estado de cosas? Por una larga serie de vicisitudes que constituyen la historia del conductismo. Para nuestros propósitos, sólo nos interesa destacar aquí los falsos comienzos del conductismo que acabaron conduciéndole a estos callejones sin salida en los que finalmente fracasó. Esos comienzos pueden resumirse en dos «a priori»: primero, la

21. Las explicaciones operacionistas quedan fatalmente deterioradas por la ambigüedad que producen sus confusivos conceptos. Hay en los operacionistas por lo menos tres niveles de significación que ellos no saben conceptualizar debidamente: el significado intuitivo, el significado operacional y el significado teórico. En otro lugar, hemos ya analizado estos extremos; cfr. J. M. GARCIA PRADA, *El retorno de la experiencia*, Salamanca, San Esteban (en prensa); Cfr. también H. KENDLER & J. SPENCE, *Tenets of Neobehaviorism*, en "Essays in Neobehaviorism, A Memorial Volumen to Kenneth W. Spence". Nueva York, Appleton, 1971, p. 19 ss.

22. Cfr. S. KOCH, *Psychology os Science*, en S. BROWN (ed.), "Philosophy and Psychology", Londres, Macmillan, 1974, pp. 8 y 9.

23. Cfr. W. J. McKEACHE, *The Laws of Learning Reconsidered*, en "American Psychology", (1976), pp. 822 ss.

adopción a ultranza del método de la física, y, segundo, el rechazo total de todo mentalismo. Este segundo «a priori» se sigue de la adopción del primero. Seguir a ultranza el método de la física significó para los primeros psicólogos la única manera de alcanzar la respetabilidad científica. No había entonces otro modelo tan exitoso; por lo tanto, lo siguieron ciegamente. El «a priori» consiste en que no ha sido demostrado, en modo alguno, la idoneidad de los procedimientos físicos para la psicología. Sin embargo, este «a priori» «permaneció inalterable en la evolución del conductismo» y «raramente fue siquiera cuestionado por ningún tipo de psicología que pretendiese ser científica»<sup>24</sup>.

En definitiva: lo que se pretendía era justamente ser científicos; luego, por añadidura —si se podía— se haría labor psicológica. En esto, la psicología se mostró realmente original, al colocar el carro antes de los bueyes: primero, los métodos con los que se pretendía, antes que nada, hacer *ciencia*; los logros, esto es, la calidad de los conocimientos venía a ser algo secundario en comparación con la absoluta primacía metodológica (los «scientific procedures»). De este modo, los métodos precedieron en psicología a los problemas, como lo expresó felizmente Koch<sup>25</sup>. Consiguientemente, los conductistas, objetivistas a ultranza, no hablaban en sus explicaciones psicológicas ni de la conciencia, ni de la situación percibida por el sujeto, ni, claro es, de las significaciones de la conducta. Hablan con profusión de la conducta, pero parecieron ignorar que la conducta como acción quedaría mejor caracterizada por aquello hacia lo que apunta o tiende. Temían que si incluían en su teoría de la conducta, las intenciones y los deseos (variables no observables y mentalistas), se disiparía la densidad fáctica de la conducta como dato observable y cuantificable.

Por ejemplo, Skinner cree que todo lo que no tenga dimensiones físicas o neurológicas son «inventos» con los que poco

24. Cfr. R. MACKENZIE, l. c., p. 15.

25. "Institutionalization preceded its contents and its methods preceded its problems"; cfr. *Psychology as Science*, p. 15.

gana la ciencia, ya que todo lo que se hace con ello es dar explicaciones espúreas o redundantes. Decir, pongamos por caso, que alguien come *porque* tiene hambre, o que toca bien el piano *porque* tiene talento musical, es, además de superfluo, peligroso, pues nos puede hacer pensar que hemos atrapado la causa de esas conductas y que, por consiguiente, ya no hay por qué seguir buscando; o también es peligroso porque nos puede hacer seguir «mirando hacia algo que no existe»<sup>26</sup>. Y, en cambio, las verdaderas variables exteriores de las cuales la conducta es función, las cuales sí están a disposición del análisis científico, quedarían oscurecidas. Lo malo es que esas «variables exteriores» son demasiado poco «comprendivas» de los fenómenos psicológicos. El estudio que Skinner hace de estas variables es indudablemente elegante, pero lo es al precio de drásticas exclusiones.

Si sólo pueden funcionar científicamente los métodos conductistas con las variables exteriores, públicas y verificables, quedarían excluidas de toda explicación las condiciones internas (intenciones, fines, motivos) y, sobre todo, se excluirían esas secuencias de acciones en las que se embarcan los humanos en persecución de diferentes fines encadenados. No se habla de todo esto porque los conductistas reprimen taxativamente toda alusión a la conciencia. La conciencia no es un principio explicativo para ellos, al contrario: ella misma es un problema. En realidad, es sólo una personificación, una «hypothetical cause of action», hipotética en tanto que llegue el día en que sea despejada por la ciencia. Ni más ni menos que Aeolo era *la causa* del viento o Júpiter Pluvius el causante de la lluvia en los días anteriores a la física. Progresará también la ciencia psicológica, y entonces ya no habrá conciencia. O tal vez esos días en los que la ciencia despejará la hipótesis de la conciencia, ya han llegado, pues al hablar del «self» y de la conciencia social, Skinner dice que éstos son simplemente «a functional unified system of responses»<sup>27</sup>.

26. Cfr. B. F. SKINNER, *Science and Human Behavior*, Nueva York, Free Press, pp. 30 y 31.

27. Cfr. *Ibid.*, p. 33.

Se desperdician de ese modo enormes porciones de psicología potencial, y, como demuestra Chomsky<sup>28</sup>, se empobrece así inadmisiblemente a la psicología. Además, con la estricta aplicación de los modelos explicativos causales, se empece el desarrollo de la psicología en aquellas áreas de la experiencia humana no susceptibles del tratamiento causal. Pero todo esto es inadmisibile tanto más ahora que disponemos de una redefinición de la causalidad, muy diferente a la noción humeana que usaron los conductistas. Se compró, en fin, la objetividad «científica», la precisión y el conocimiento verificable al precio de un drástico reduccionismo de la conducta<sup>29</sup> y una estrechísima definición de la psicología como ciencia de la conducta, una definición que, por otra parte, nunca se llevó a cabo<sup>30</sup>.

#### B. LAS EXPLICACIONES DE LA PSICOLOGIA COGNITIVA

Esas mutilaciones de la psicología eran demasiado drásticas, demasiado insufribles por los psicólogos que durante los años 1960 por todas partes clamaban por el retorno de lo prohibido —los contenidos mentales— y que no manifestaban ya el menor rebozo en hablar de la conciencia. Surgió así la psi-

28. Cfr. N. CHOMSKY, *The Case Against B. F. Skinner*, en F. MATSON (ed.), "Without/Within Behaviorism and Humanism", Monterey (California), Brooks/Cole, 1973, pp. 72 y 73. Este autor muestra muy expresivamente cómo Skinner no sólo vacía a la psicología de sus profundos significados, sino que, además, el "conductismo radical skinneriano" conlleva multitud de peticiones de principio. La psicología puede perder su rumbo (miss the point) con este sistema, ya que, al traducir los ricos conceptos de intención, actitud, opinión, etc. por otros términos tomados del laboratorio tales como refuerzo, aprendizaje, contingencia, programas (schedules), etc., aquéllos se diluyen en diversos usos metafóricos que acaban arruinando toda precisión.

29. Obsérvese que se toma aquí conducta en su sentido más lánguido: conducta como función (mensurable) de las variables del ambiente social o genético. No se dispone de una teoría de la conducta humana como acción significativa en vista de unas intencionalidades hacia unos fines. Se nos habla, más bien, de la conducta "degenerada" de las ratas blancas. Cfr. nuestro estudio *La conducta, ¿una cosa o una estructura?* en "Estudios Filosóficos", 29 (1980), pp. 491-522, especialmente p. 509 y ss.

30. Cfr. I. CHILD, *Humanistic Psychology and Research Tradition*, Nueva York, Wiley, 1973. La razón de que nunca pudiera ser llevado a cabo este reducido programa fue que "la conducta es objetiva en un sentido en que no pueden serlo ni la conciencia ni la experiencia", p. 8.

ciología cognitiva, nombre ciertamente no muy afortunado y que debiéramos cambiar, como propen J. Seoane (1980), por psicología del conocimiento, la cual vendría definida negativamente por el alejamiento de los planteamientos conductistas, y, positivamente, por la conjunción de varios métodos formalistas aparecidos después de la Segunda Guerra Mundial, tales como la teoría de la información, la teoría lingüística, Inteligencia Artificial, etc.<sup>31</sup>. Todas estas teorías no son conductistas en absoluto, sino, más bien, soluciones de recambio del conductismo. Por ejemplo, los modelos de los ordenadores digitales constituyen un mecanicismo reduccionista que les vino como anillo al dedo a aquellos psicólogos que, descontentos con las insuficiencias del conductismo, no querían, pese a ello, renunciar a los modelos mecanicistas como modelos explicativos en psicología<sup>32</sup>. No es sorprendente que fueran recibidas con los brazos abiertos estas soluciones de recambio.

La psicología cognitiva es, pues, una psicología anticonductista que, hoy por hoy, aun parece ser el movimiento dominante dentro de la psicología «oficial» (la «mainstream psychology») <sup>33</sup>. Bajo su denominación, se acoge un nutrido grupo de psicólogos en cuyos enfoques se destacan las estructuras y los procesos mentales. Más específicamente: la psicología cognitiva estudia todos los procesos mediante los cuales un «input» sensorial es transformado, reducido, procesado, almacenado, recuperado y utilizado <sup>34</sup>.

Pues bien: con este considerable ensanchamiento tanto del objeto como del método psicológico, ¿tendremos, por fin, mejores explicaciones psicológicas? Ahora que los psicólogos cog-

31. Cfr. J. SEOANE, l. c.

32. Era una solución de recambio porque se abandonaba el viejo fisicalismo conductista, para abrazar este nuevo fisicalismo, cuyos remotos orígenes habría, tal vez, que buscarlos en la "Gestalpsychology". Como ya expusimos en otro lugar (*El retorno a la experiencia*, cap. III), la "Gestalpsychology" fue un grupo ejemplar de resistencia ante el dominante positivismo, aunque desgraciadamente sucumbió al fisicalismo con su noción de isomorfismo (sobre todo, Kaffka y Kohler).

33. Cfr. E. SAMPSON, *Cognitive Psychology as Ideology*, en "American Psychology", 36 (1981), p. 730.

34. Cfr. U. NEISSER, *Psicología cognitiva*, México, Trillas, 1976, p. 13.

nitivos no vacilan en hacer uso del material prohibido (por ejemplo, de los procesos mentales como la atención, la selección, las ideas, los procesos de información, de construcción, de la creatividad, etc.), ¿podrán con todo ello «explicar» más cumplidamente de lo que lo hicieron los conductistas? Es lo que vamos a ver a continuación.

La psicología cognitiva, aunque tal vez esté amenazada de esterilidad, no está, en modo alguno, muerta; por tanto, no podemos hacer un balance similar al que acabamos de hacer con el conductismo. Pero mucho nos tememos que, si no se adoptan ciertos correctivos epistemológicos, esta nueva psicología que dispone de nuevas y excelentes prendas, no consiga «explicarnos» satisfactoriamente los fenómenos psicológicos. La lógica de la explicación que manejan los cognitivos, muy particularmente, el estructuralismo genético de Piaget, aporta al debate explicación/comprensión elementos nuevos, pero por la mayor parte de su producción aun rondan los viejos fantasmas del fisicalismo, reduccionismo y un vano cientifismo que amenazan las buenas esperanzas de esta psicología, cuyas «explicaciones» corren serios riesgos de tornarse en medias explicaciones.

Los psicólogos cognitivos debieran tomar buena nota de los peligros que envuelven a sus explicaciones, pues las amenazas de esterilidad que corren en su trabajo se le hacen desde varios ángulos (psicoetología, psicologías fenomenológicas y dialécticas, sociología del conocimiento, etc.), e, incluso, de sus propias filas salen voces de alarma. Es el caso, por ejemplo, de U. Neisser que es uno de los pioneros de esta psicología, y que pocos años más tarde de la publicación de su famosa recopilación del material más relevante en psicología cognitiva, manifiesta sus recelos ante la «praxis» abusiva de los procesos cognitivos, y alerta sobre el peligroso olvido de las transacciones de las operaciones mentales con el mundo. Esta línea crítica es abundada y corroborada por la psicología etológica y los psicólogos dialécticos. Así la necesidad de la complementación de la psicología cognitiva con la ecología es propugnada, entre

otros, por John Gibbs<sup>35</sup> y por Urie Bronfenbrenner<sup>36</sup>. Ambos alertan a los cognitivos para que busquen una más alta validez ecológica en sus explicaciones. La validez ecológica la definen del siguiente modo: «es la medida en la que el ambiente experimentado por el sujeto de la investigación científica, presenta las propiedades que el investigador supone que ha de tener o asume que tiene»<sup>37</sup>.

Dejemos aparte los reparos que cabría hacer a los métodos cognitivos, los cuales suelen resultar demasiado confirmatorios. Esto lejos de ser una virtud, parece más un vicio epistemológico, y suele hacer dichos métodos, ya de entrada, algo sospechosos. Detengámonos, en cambio, en hacer algunas reflexiones sobre la teoría explicativa de los psicólogos cognitivos.

### *Imposibilidad de "explicación" completa*

Una vez que los psicólogos se apercibieron de las insuficiencias de las teorías conductivas, surgió una prolífera producción de escritos que presentaban los nuevos modelos cognitivos: modelos cibernéticos, de computadores digitales, de Inteligencia Artificial, etc. El contraste de estos nuevos modelos con los conductistas era frontal: mientras éstos *prohíben* toda consideración de los contenidos mentales, proclaman los cognitivos a la conciencia y a sus «operaciones» como elementos esenciales de la conducta. Mientras los conductistas describían los mecanismos de refuerzo o aprendizaje como si fueran algo *ya acabado*, los cognitivos se interesan principalmente por los procesos y las operaciones mentales, por su desarrollo, por su génesis. Se aprecia en la nueva psicología una «cognitive supremacy», como la llama Sampson (1981)<sup>38</sup>, con la que una y otra vez se insiste en esos procesos mentales que poco más arriba

35. Cfr. *The Meaning of Ecologically Oriented Psychology*, en "American Psychology", 34 (1979), p. 127-140.

36. Cfr. *Toward an Experimental Ecology of Human Development*, en "American Psychology", 32 (1979), pp. 513-531.

37. *Ibid.*, p. 516.

38. Cfr. E. SAMPSON, *Cognitive Psychology...*, p. 731.

nos describía Neisser. Por último, otro giro radical de las nuevas «explicaciones» que tuvo un gran impacto en la psicología infantil, es el *retorno del sujeto*. Contrariamente a los conductistas que tendían exclusivamente a la experiencia pasiva, y hacían una psicología del niño como si éste fuese una «tabula rasa» o una «caja vacía» (Skinner) o una masa de arcilla, estos psicólogos hablan del niño como sujeto activo. Tal vez resulte un niño *demasiado activo* con sus complejos juegos de «operaciones mentales», que nos da la impresión de «operar» en un mundo *demasiado pasivo* <sup>39</sup>.

Ahora bien: si reflexionamos sobre los modelos de la mente que los cognitivos suelen ofrecernos, pronto advertiremos que esos modelos *no son* modelos de la mente, sino, más bien, de un *particular ejercicio* mental. Apreciamos en esto una reflexión insuficiente de los cognitivos sobre la naturaleza del organismo de esos sujetos tan activos que estudian, unos sujetos que de seguro son más insondables de lo que los cognitivos nos quieren hacer creer. Si se ha de emplear la imagen de la máquina computadora —como gustan de hacerlo—, hay que decir inmediatamente que la mente humana tiene el poder de tornarse en algo así como un «universal computing device», es decir, en un aparato que puede convertirse en cualquier otro tipo de máquina —u operación particular— según sean las tareas que haya de ejecutar, y con arreglo a los particulares programas <sup>40</sup>. Hay que tener, pues, en cuenta esta reserva, para apreciar el valor explicativo de los modelos cibernéticos o los de los computadores digitales u otros modelos cualesquiera de Inteligencia Artificial.

39. Esta descompensación entre un sujeto muy activo en medio de un mundo muy pasivo, es una de las vehementes críticas que los psicólogos dialécticos hacen al sistema de Piaget. Cfr. K. RIEGEL, *Influence of Political and Oeconomic Ideologies in the Development of Developmental Psychology*, en "Psychological Bulletin" 78 (1972), pp. 129-141; también S. BUCHMORSS, *Socio-Oeconomic-Bias in Piaget's Theory*, en A. BUSS (ed.), "Psychology in Social Context", Nueva York, Irvington, 1979, pp. 349-363.

40. Cfr. J. J. JENKINS, *Can we have a fruitful Cognitive Psychology?*, en J. COLE & W. ARNOLD (eds.), "Nebraska Symposium of Motivation", Lincoln, Nebraska University Press, 1981, p. 215.

Utilizar, como se viene haciendo cada día los numerosos conceptos computacionales, tales como rutina secundaria, programas de compilación e interpretación, procesamiento de arriba abajo y de abajo arriba, procesamiento lineal y simultáneo, memoria direccionable, etc., etc., es hablar con metáforas. Este modo de hablar puede resultar de gran ayuda al psicólogo para formular y comprobar hipótesis sobre los contenidos o las funciones de la mente. Pero ha de notarse que quien utilice o propugne estas metáforas computacionales «no tiene necesariamente que mantener (aunque muchos lo hagan) que *todos* los fenómenos psicológicos pueden, en principio, discutirse provechosamente en los términos mencionados. Ni tampoco tiene que creer (aunque muchos lo hacen) que escribir programas de computadora para simular procesos psicológicos, es la mejor manera de utilizar la metáfora computacional en psicología. Y mucho menos tiene que afirmar que se *alcanzará alguna vez en la práctica la simulación completa* de todo el conocimiento y habilidades del hombre»<sup>41</sup>. Esto último: que no se alcanzará jamás la simulación completa, nos importa mucho subrayarlo para oponer con ello a la explicación cognitiva una clara limitación. Sería imposible, pero, sobre todo, sería un vano empeño el que los psicólogos tratasen de gastar su tiempo y recursos en «explicar» los particulares ejercicios de esa máquina universal y maravillosa que es la mente humana. Pronto desfallecería el psicólogo en su empresa. Tendría que diseñar modelos, no de la mente como muy cómodamente creyeron hacer algunos (practicando de este modo un cortacircuito epistemológico ilegítimo), sino que, más bien, habría que explicar cada uno de los particulares ejercicios de la máquina, computadora universal. Pronto proliferarían tanto los diseños y modelos de la psicología cognitiva, que se llegaría al punto de

41. Cfr. MARGARET BODEN, *La metáfora computacional*, en N. BOLTON (ed.), "Problemas filosóficos en psicología", Madrid, Alhambra, 1982, p. 139. Ver también de esta autora, cuyos libros son siempre muy sugestivos, "*Artificial Intelligence and Natural Man*", Sussex, Harvester Press, 1977. Más abajo nos referimos a sus inteligentes críticas a Piaget.

hacer inmanejables las explicaciones cognitivas. Decididamente: ello constituiría una tarea no factible por los psicólogos <sup>42</sup>.

En suma: de los modelos cognitivos pueden derivarse valiosas contribuciones para la psicología, si el psicólogo sabe introducir a tiempo — ¡antes de derrochar su tiempo! — ciertos correctivos epistemológicos. Su futuro podría ser próspero, si los cognitivos saben librar su esfuerzo de la atención hacia lo trivial y, sobre todo, si aprenden a dar a sus trabajos lo que los conductistas no supieron darles: la validación extralaboratorio o la validez ecológica, como la llamamos más arriba (cfr. Gibbs y Brofenbrenner, 1981). Para ello, tal vez tuviesen los cognitivos que dejarse fecundar por las intuiciones de la psicología comprensiva en relación a los propósitos, intencionalidad, etc., de los sujetos que estudian. Y, sobre todo, disponer de una teoría de la acción de la que carecen.

### C. LAS EXPLICACIONES DE PIAGET

Si los psicólogos cognitivos reclaman para sí el mérito de haberse opuesto a los modelos explicativos del conductismo, y de haber efectuado el retorno de lo mental, esos méritos le corresponden también a Piaget, y ello en mayor grado y mucho más tempranamente — ya en los años 1930, cuando el conductismo estaba en su máximo esplendor, escribía Piaget importantes obras. También Piaget opuso al atomismo conductista, un sistema psicológico integrado por estructuras, formas y operaciones que se autorregulaban en operaciones sucesivas. Estas estructuras sirven de puente entre una psicología nomotética y otra idiográfica, esto es, entre las invariantes de la función y las variantes específicas del contenido <sup>43</sup>. Efectivamente, gracias al estructuralismo genético de Piaget, se nos ha

42. Sería como dice J. J. Jenkins (1980), un "unreasonable goal for psychology". O todavía peor, si el psicólogo cognitivo insistiese en ello, resultaría un "vast waste of time"; por ejemplo, si pretendiese construir con pequeños modelos e innumerables horas de laboratorio, un modelo general. cfr. *Can we have...*, p. 217.

43. Cfr. J. FLAVEL, *La psicología evolutiva de Piaget*, Buenos Aires, Paidós, 1974, p. 433.

puesto de manifiesto esa lógica subyacente y que se sitúa entre medias de los hechos biológicos y la lógica refleja. Por otra parte, la oposición de Piaget al conductismo es frontal en uno de los campos más típicamente conductistas: el aprendizaje. Para Piaget, el aprendizaje ya no es el fenómeno primario, sino algo derivado; no es *acumulación* aditiva de estímulos reforzados, sino una *construcción* real de estructuras, una construcción no hecha ladrillo a ladrillo, como era la primera psicología conductista, sino paso a paso, fase a fase a lo largo del desarrollo evolutivo, y con arreglo a intervalos o «estadios preoperatorios, operatorios», etc.

De esta manera, supera Piaget a los empirismos (conductistas o cualesquiera) que explican la génesis del conocimiento, pero *sin explicar la estructura*; supera también a los racionalismos que explican la estructura del conocimiento pero *sin explicar su génesis*. Se supera al empirismo porque éste no da una explicación suficiente de la necesidad lógica<sup>44</sup>; y al racionalismo, porque no da una explicación suficientemente empírica, y porque parece apelar a una cierta armonía preestablecida<sup>45</sup>.

Pese a todo esto, tampoco las «explicaciones» del estructuralismo genético de Piaget se libran de serias críticas. Los psicólogos fenomenólogos le reprochan a Piaget ciertos «olvidos» responsables y, sobre todo, su ceguera para la experiencia pre-reflexiva. Piaget no vio que había una radical continuidad entre experiencia inmediatamente vivida y la experiencia mediata de la reflexión cognitiva, y no vio que esa continuidad era esencial. Tanto Piaget como los psicólogos cognitivos parecen tener grandes dificultades para ver y dar cuenta científicamente de esas significaciones de la experiencia inmediata, cuya textura

44. Así es falso decir que el aprendizaje de  $2+2=4$  ocurre por inducción, pues  $2+2$  no es igual a 4 si se trata, por ejemplo de gotas de mercurio. Además, si fuese verdad que  $2+2=4$  por inducción ¿dónde radica su necesidad? Cfr. M. BODEN, *Piaget*, Madrid, Cátedra, 1982, p. 122.

45. Por eso, Piaget explica mejor que los racionalistas por qué un niño en el estadio senso-motor no puede resolver un problema de álgebra. El niño necesita de la experiencia e interacción con el entorno para reactivar las estructuras de su inteligencia. Hacen falta, por lo menos, 12 años para que el niño pueda construir operaciones lógicas formales.

no es primariamente cognitiva —esas experiencias que son más vividas que pensadas. Piaget parece creer<sup>46</sup> que las significaciones son resultado exclusivo de los actos y operaciones del sujeto epistemológico. Fascinado con su descubrimiento de las estructuras genéticas, parece creer que el significado es el resultado de la acomodación y asimilación, es decir, el resultado de *sólo* aquello que es construido por la actividad operativa y constructiva del sujeto cognoscente. Pero entonces ¿qué pasará con esos significados que son experimentados más bien como «sentimientos» y que no parecen necesitar del pensamiento representacional?

Y, por otra parte, ¿cómo pueden Piaget y los cognitivos hablar de la experiencia cognitiva y refleja sin presuponer la experiencia no-cognitiva y pre-refleja? ¿Cuál será la suerte de toda esa rica floración de significaciones que nos han alumbrado los fenomenólogos, tales como los significados del espacio «vivido» (que no es el que estudia Newton ni Piaget) o del tiempo «vivido» (que apenas tiene que ver con el tiempo) de los relojes, sino con esa otra opulenta dimensión de la experiencia que exploró Eugene Minkowsky en su delicioso libro «Le temp vécu»? O todavía, esas significaciones de la corporeidad sexuada que es suscitada, brusca y espontáneamente por un «eros» o «libido», y dotan de un valor sexual a los estímulos externos<sup>47</sup>, ¿son ellas también construidas por el sujeto cognitivo? Si no lo son, ¿cuál será la suerte de todas estas innegables significaciones de la experiencia humana? Sencillamente: estas significaciones se quedarán fuera y sin «explicación» en la psicología de Piaget y de los cognitivos. El mismo Piaget mantiene contra esa experiencia vivida, tan intrigante como inexplicable para su estructuralismo genético, una actitud un tanto desenfadada<sup>48</sup>.

46. Cfr. *Sabiduría e ilusiones de la filosofía*, Barcelona, Península, 1977, p. 178.

47. Cfr. M. MERLEAU-PONTY, *Fenomenología de la percepción*, Méjico, FCE, Traduc. de E. Uranga. 1957, p. 171.

48. Se aprecia bien esta actitud en la prosa de su libro "*Sabiduría e ilusiones de la filosofía*" cuando dice: "En resumen: no existe la menor prueba de que el mundo vivido constituye una experiencia originaria y la pri-

Sólo desde un cerrado logicismo constructivista se puede entender esa actitud. Piaget pide pruebas de la experiencia inmediata, pero ¿de qué pruebas precisa Piaget para toparse con ese obligado punto de partida de toda reflexión psicológica, y que es el «humus» de toda ciencia? Es fácil ver cómo en los estrechos límites de las explicaciones «logicistas» de Piaget no quepa la experiencia más bien vivida que pensada. Ese logicismo piagetiano es el flanco de constantes objeciones a su sistema. Sin embargo, es mérito suyo el haber sabido rescatar de la inestructuración empirista ese tipo de estructuras cognitivas hacia las cuales orientó su psicología. Todo lo cual no empece para que notemos que esas estructuras no son las únicas utilizables por el hombre <sup>49</sup>.

En suma: que este estructuralismo genético piagetiano, muy cercano al espíritu del kantismo <sup>50</sup> condujo a Piaget a unas cuantas equivocaciones y exclusivismos que no podemos admitir. Resulta, después de todo, excusable que Piaget nos ofrezca unos conceptos como el de estadio (que es más que dudoso) o el de equilibrio (que es un concepto inadecuado). Se comprende incluso que a Piaget le resultase más práctico —más cómodo— el estudiar esos «plateau» en los cuales se establece el equilibrio y en los que se reflejan más claramente las «formas» de la inteligencia; se comprende consiguientemente que Piaget prefiriese estudiar estos «plateau» de equilibrio más bien que esos momentos del pre-equilibrio o del post-equilibrio en los cuales el flujo de la experiencia cognitiva aparecería mucho más confuso <sup>51</sup>. Podríamos aún seguir excusando a Piaget por esa rigidez con que aplica la secuencia de sus estudios cognitivos, la

mera cuestión que hay que plantearse a este respecto, en la misma lógica de la doctrina, es preguntarse cómo es posible esta experiencia, es decir, cuáles son las condiciones previas que permiten conferir unas "significaciones" a los objetos, a los actos, etc." (p. 177).

49. Piaget redujo sus investigaciones a la estructura y génesis de la razón analítica, pero es también posible que el cerebro funcione analógicamente. Cfr. J. L. PINILLOS, *Principios de psicología*, Madrid, Alianza, 1977, p. 466.

50. Cfr. *Sabiduría...*, p. 71 y M. BODEN, *Piaget*, p. 124.

51. Cfr. para estas críticas K. RIEGEL, *Influences...*, pp. 129-141; especialmente, p. 135.

cual no es tampoco compartida por los psicólogos —los niños pueden «saltarse» el calendario evolutivo que les señala el estructuralismo genético. Hasta serían excusables los puntos de vista piagetianos respecto al lenguaje (que son muy diferentes de los planteamientos de hoy día); o, incluso, el que en su psicología no haya apenas acomodo para las emociones u otras dimensiones sociales de la conducta. Después de todo, un psicólogo, aunque sea tan grande como Piaget, es un hombre con una vida limitada y tiene derecho a estudiar sólo algunas parcelas y a equivocarse. Pero cuando Piaget y epígonos se proponen «ex profeso» estudiar las relaciones de la díada Madre-Hijo sin integrar las dimensiones de la experiencia vivida<sup>52</sup> están haciendo ya algo muy diferente y muy difícil de excusar.

Otra limitación de las explicaciones o puntos oscuros del constructivismo de Piaget sería la noción de realidad que maneja, y que parece implicar una decisión o estipulación «a priori» de lo que sea realidad. Pero dejemos esta cuestión demasiado ontológica y que nos apartaría mucho de nuestros propósitos. Todo lo precedente, por otra parte, tampoco nos hará olvidar las enormes aportaciones de la psicología de Piaget, así como sus fecundas aplicaciones a la psicología infantil y a la psicología de la educación. Por desgracia, por no plantearse cuestiones crítico-epistemológicas como las precedentes, algunos han extrapolado y aplicado mecánicamente ciertos hallazgos de Piaget que merecían más ponderación. Se han impuesto, de este modo, intolerables dictaduras doctrinales a la psicopedagogía que han acabado siendo estériles. Pero de esto, naturalmente, no tiene la culpa Piaget. Muy contrariamente, gracias a Piaget han ocurrido recientemente sorprendentes fe-

52. Pautas tempranas de interacción madre-niño, tales como la mirada, la sonrisa, las expresiones faciales que vienen a constituir el "programa" innato de interacción, y es el único sistema comunicativo de que se dispone en la díada, son sencillamente ignoradas por Piaget. Pese a ello, Piaget habla profusamente de los bebés. Cfr. para esas pautas interaccionales: D. STERN, *Las primeras relaciones madre-niño*, Madrid, Morata, 1981, pp. 152 ss.; o T. G. BOWER, *A Primer of Infant Development*, Nueva York, Freeman, 1977 en el que se habla del "extraño caso" de la sonrisa infantil. Para las críticas a Piaget, cfr. M. BODEN, *Piaget*, pp. 194 ss.

cundaciones entre la biología y la cibernética, por una parte, y las diferentes lógicas surgidas de la matemática moderna, por la otra. Ello ocurrió gracias a que Piaget, que era —como le gustaba autodenominarse— epistemólogo antes que psicólogo, supo encontrar originales pasadizos a través de los sistemas de autorregulación (biología y cibernética) hacia la lógica. Pero todas estas excelencias no logran romper los claros límites de sus «explicaciones psicológicas» que explican pero no comprenden.

## II. «COMPRENDER» SIN «EXPLICAR»

### A. LAS INSUFICIENTES "COMPRENSIONES" DE LA PSICOLOGIA HUMANISTICA

Nadie más sensible que los psicólogos humanistas para las anteriores limitaciones de las explicaciones psicológicas. Defraudados por la psicología de las ratas y de los hombres-objeto, se proponen vigorosamente hacer una psicología del ser persona. Una psicología humanista no puede excluir nada de lo que fenomenológicamente se encuentre en la persona: no sólo los fines, las intenciones y motivos; también los estados de insuficiencia personal (ansiedad, miedos, inhibiciones) así como los estados de compleción o «experiencias-cumbre» («peak-experiences» de A. Maslow); e, incluso, las dimensiones de la trascendencia que habían sido completamente olvidadas por la psicología: por ejemplo, lo sagrado, lo sublime, lo espiritual y lo eterno<sup>53</sup>.

A la muchedumbre, un tanto heteróclita, de psicólogos que se alistaron prontamente tras estas nuevas banderas izadas por Maslow, Rogers y otros, se les denominó —o mejor, se autodenominaron— «tercera fuerza» para distinguirse de los conductistas (primera) y los psicoanalistas (segunda). Pero notemos

53. Cfr. A. MASLOW, *Notes on Being Psychology*, en W. WELCH & G. TATE (eds.), "Humanistic Psychology: A Source Book", Buffalo, (Nueva York) Prometheus Books, 1978, pp. 33-39.

lo que, no sin razón, observaba Skinner (1973): «tercera» no quiere decir más avanzada, ni «fuerza» quiere decir poder<sup>54</sup>. Para lo que concierne a nuestro tema, hemos de ver en esta «tercera fuerza» más promesas que frutos, y más protestas que ofertas concretas de una verdadera psicología. Se nos prometió una psicología del hombre como hombre, que es más que la suma de sus partes; un hombre que es siempre un sujeto dotado de un potencial interpersonal, y no meramente el sujeto-objeto que estudió la psicología positiva. Se nos promete asimismo hablar de la conciencia de un modo diferente: no como un simple darse cuenta, que se mueve de un episodio discreto a otro episodio discreto; los humanistas intentan recuperar el «stream of consciousness» que tan lamentablemente dejaron perder los psicólogos americanos, pese a las autorizadas enseñanzas de William James. Para los humanistas la conciencia es continua y se mueve a distintos niveles; además, esa conciencia no es un puro pujar hacia adelante (simple «striving»), sino que se mueve según intenciones diferentes ante las que practica libres opciones<sup>55</sup>.

Es, pues, esta psicología más experiencial que experimental, es más holista que reduccionista; enaltece los valores de la persona (autonomía, libertad, intencionalidad) contra todos los reduccionismos fisicalistas o deterministas del conductismo; es, en suma, —o pretende ser— una psicología comprensiva. Pero ¿lo es verdaderamente? Ya C. Rogers advertía a sus discípulos que no pasarían a la historia como psicólogos humanistas por lo que en ellos haya de «contra», sino por aquello por lo que luchan. Y preveía muy realistamente que, aunque la psicología humanista era una brillante esperanza para el futuro, «no tenemos razón alguna para la autocomplacencia»<sup>56</sup>. Hoy, muchos años más tarde, posiblemente haya aun menos

54. Cfr. "Humanism and Behaviorism", en F. W. MATSON, *Without/Within...*, p. 52.

55. Cfr. J. F. T. BUGENTAL, *The Third Force in Psychology*, en W. WELCH, p. 16 ss.

56. Cfr. *Some Questions and Challenges Facing a Humanistic Psychology*, en W. WELCH, p. 45.

razones para la autocomplacencia. Se va haciendo un consenso cada vez mayor entre los psicólogos (ver, por ejemplo, D. Fishman y W. Neigher (1982)<sup>57</sup> de que la psicología experimental sacrifica el «contexto de descubrimiento» (en el que se mueven bastante bien los humanistas) en aras del «contexto de verificación» (en el cual se mueven muy mal los humanistas). De este modo, decrece inevitablemente la validez ecológica (cfr. supra). En fin, están convergiendo los psicólogos cada día más en la necesidad de una gran reforma del paradigma de la psicología para lograr que ésta se esfuerce mucho más por la calidad y relevancia social de sus resultados que en la pura ortodoxia metodológica de un cierto paradigma privilegiado «a priori». Se cree que cuanto más se demore dicha reforma más difícil será luego encontrar las llaves que abran de nuevo a la psicología hacia el conocimiento social y ecológicamente relevante.

Pues bien: ¿tienen los psicólogos humanistas estas llaves? Al parecer, no.

No hablemos ahora de los psicólogos humanistas del tipo «movimiento del potencial humano» que generaron esa literatura psicológica, quizá de gran impacto popular, pero que casi sólo es retórica o metaforismo psicológico. Refirámonos al aparato conceptual de los autores más serios, cuyas fundamentaciones lógicas, lingüísticas o epistemológicas «están en seria necesidad de diagnóstico y reparación»<sup>58</sup>. Hay confusión epistemológica, por una parte, en las circularidades del tipo: el hombre autorrealizado es el hombre metamotivado. Y ¿qué es la metamotivación? Respuesta: una vez satisfechas las necesidades primarias, la metamotivación es el índice de la autorrealización. Por otra parte, son también confusas y confusivas las «reificaciones» o las llamadas «falacias del nombre» que sobrebundaban en los escritos humanistas. Consisten (1) de una experiencia directa se pasa a un nombre abstracto (etiquetación),

57. Cfr. *American Psychology in the Eighties, Who will buy?*, en "American Psychology", 37 (1982), pp. 583-547.

58. Cfr. J. Royce, *On Conceptual Confusion in Humanistic Psychology*, en "Contemporary Psychology", 17 (1972), p. 12.

el cual (2) se nos presenta con las características de la cosa nombrada, y al que, finalmente, (3) se le confieren funciones explicativas de esa cosa. O dicho en los términos de Hull, reificar una función es poner un nombre y creer de hecho que el nombre representa a la cosa; finalmente se cree también que esa «cosa» explica las operaciones de dicha función<sup>59</sup>. Quedan así asimiladas falazmente denominación y explicación; es decir, no se explica nada aunque se escriba un libro entero con altisonantes conceptos «reificados». Todo lo que se estará haciendo es una psicología «metafórica», esto es, una psicología con epistemología no científica. Desde este punto de vista, ¿no tendrá plena razón J. Royce (1972) cuando decía que la psicología humanista no es una ciencia?<sup>60</sup>. Pero comoquiera que ello sea, dejemos aquí las críticas globales para referirnos a los fallos epistemológicos más concretos de esta psicología.

*¿En dónde suelen fallar los humanistas?*

Si hojearnos el órgano principal de expresión de los autores humanistas, el «Journal of Humanistic Psychology», encontramos seguramente diferentes estrategias metodológicas, tales como informes de historia de casos, abundantes observaciones culturales u otras hermenéuticas. Pero raramente encontraremos estudios con formato experimental, mediciones de variables experimentales, etc. Este es precisamente el flanco más débil de estudios que, por otra parte, son sugestivos y valiosos. Diríase que no hay mediciones porque no quieren hacerlas, porque los humanistas piensan que las «mediciones son sólo el tipo de descripción que mejor cuadra con las preguntas cuantitativas, características de las ciencias naturales... Pero si removemos la medición fuera de este contexto, ya no es necesariamente la cuestión más fructífera (...) ya no es un método absolutamente bueno»<sup>61</sup>. Lo que los humanistas buscan son significados de

59. Cfr. J. EACKER, *On Some Elementary Philosophical Problems in Psychology*, en "American Psych.", (1972), p. 556.

60. Cfr. J. ROYCE..., p. 12.

61. Así se expresa A. GIORGI, que es el principal exponente del grupo

la conducta, y no números que la midan, aunque éstos se *describan* mejor y se puedan manejar y correlacionar más fácilmente con arreglo al procedimiento científico.

Ahora bien: cualesquiera que sean los propósitos de los humanistas, parece innegable que tiene que haber en el trabajo científico un momento de prueba o verificación. Si algo carece de evidencia intrínseca o de alguna verificación, no tiene valor cognitivo alguno; no es ni siquiera un acto de conocimiento. Sin la prueba verificadora, los conocimientos pueden degenerarse en caprichosa expresión de puros estados subjetivos. Hay que correr el riesgo de la prueba. Los psicólogos humanistas con demasiada frecuencia rehúyen ese riesgo —o trabajo— amparándose en especiosas críticas al método científico o al cientifismo. Cierto que no toda prueba ha de ser experimental y controlada, puede ser también experiencial y por «participación» (es decir, en vez de alterar y manipular el curso de la experiencia, tratar de seguir sus inflexiones; en este sentido, sería una prueba aún más genuina y fiel a la vida, aunque ciertamente resultase menos exacta y ambigua que la prueba experimental).

Por uno y otro camino hay que llegar al momento de la verdad (verificare) y de la prueba. Muy en abreviatura podrían distinguirse tres pasos típicos en el conocimiento científico: (1) se especula, se teoriza a nivel formal dentro de determinado «sistema» explicativo, (2) se enuncia una hipótesis, se diseña algún tipo de experimento (no necesariamente cuantitativo) que ponga a prueba la plausibilidad de las especulaciones teóricas, (3) se lleva a cabo, de hecho, la validación proyectada. Pues bien: los psicólogos humanistas se detienen con frecuencia en los pasos (1) y (2) (los cuales, a veces, son de difícil diferenciación) y ahí nos sorprenden con abundantes sugerencias o con la denuncia de increíbles olvidos practicados por la psi-

de psicólogos fenomenológicos de la Universidad de Duquesne. Cfr. *Phenomenology and Experimental Psychology*, II, en A. GIORGI & W. FISCHER (eds.), "Duquesne Studies in Phenomenological Psychology" II, Pittsburg, Duquesne University Press, 1973, p. 20.

ciología tradicional. Pero no dan el paso (3), o tal vez, van directamente a (3) sin pasar por (1) y (2), meramente equipados con un proyecto de validación burdamente construido. A veces, incluso parecen confundir teoría con método<sup>62</sup>.

Se percibe por debajo de estas posturas de algunos humanistas, una imagen de psicología como ciencia humana «versus» psicología como ciencia natural. Esta imagen les conduce a una «praxis» psicológica tal vez revolucionaria en los *métodos y en las teorías* (es el caso, por ejemplo, de Van Kaam, A. Giorgi y su escuela psicofenomenológica de la Universidad de Duquesne). En tanto que otros humanistas, más moderados (Child, 1970, Rychlak, 1975 y 1977, Tageson, 1982, et alii) prefieren «revolucionar» *sólo las teorías*, dejando intactos los métodos psicológicos. Intentan vivir así en el mejor de los mundos: introducen reformas teleológicas en el rígido mecanismo del diseño del empirismo que siguió la psicología tradicional, ensanchan además el campo para que quepa la conducta «y» la experiencia del mundo vivido, pero su psicología sigue beneficiándose de los espectaculares progresos del método científico. Late en el fondo de este debate la vieja cuestión del «Verstehen» o de los modelos de saber en las ciencias humanas. Pero de eso diremos algo más adelante. Ahora aún nos resta hacer unas breves consideraciones sobre otro saber psicológico que «comprende» pero apenas «explica».

#### B. LAS "COMPRENSIONES" "CUASI-EXPLICATIVAS" DEL PSICOANÁLISIS

Fue conveniente dejar para este lugar el examen de las «cuasi-explicaciones» del psicoanálisis, porque tanto sus fallos como sus aciertos encauzarán nuestras reflexiones hacia importantes cuestiones metapsicológicas. La invencible mixtificación metodológica que ofrece el psicoanálisis nos puede ayudar a superar la dicotomía «comprensión/explicación», y a ver la nece-

62. Cfr. J. RYCHLAK, *The Psychology of Rigorous Humanism*, Nueva York. Wiley, 1977, pp. 199-201.

saria complementariedad de ambas<sup>63</sup>. Sabemos que esa, al parecer, inextirpable ambigüedad del discurso psicoanalítico proviene ya del mismo Freud, que pretendió ser científico y creador de una rama de la ciencia natural, y, sin embargo, ostenta su mayor originalidad con sus habilidades hermenéuticas<sup>64</sup>. Eran metas de Freud el conseguir explicaciones causales de los misterios del psiquismo en términos de la filosofía, pero muy sorprendentemente, sus páginas quedan cargadas de caracteres muy hermenéuticos. Sus obras son más aún que una hermenéutica al uso: son una «Tiefenhermeneutik», como la llama Karl-Otto Apel<sup>65</sup>. Por interpretar, el psicoanálisis interpreta incluso lo que la hermenéutica había siempre desdeñado: los sueños, los «olvidos», los «lapsus», las torpezas, los errores; y algunos psicoanalistas intentan explicar incluso el retorcer los dedos o el silbar una tonada, etc.

### *El psicoanálisis como discurso mixto*

El psicoanálisis es, pues, una historia, pero pretende ser una ciencia: he ahí su drama, su «cruce» epistemológica. Pretende algo sumamente difícil: construir un discurso del sentido (semiótica) pero usando los conceptos de las ciencias naturales (biología y fisiología) de los que toma a préstamo unos constructos decimonónicos con los que monta esa «hidráulica» tan peculiar (represión de energía, desplazamientos, condensación, investigación, etc.). Lo más sorprendente es que a esa imagería hidráulica Freud la hace funcionar mediante conceptos exegéticos (doble sentido, sobredeterminación, censura,

63. Lucien GOLDMANN muestra muy convincentemente cómo, aunque el psicoanálisis no es conmensurable con el «estructuralismo genético» que él propugna (ver diferencias en p. 64), sin embargo, el psicoanálisis es «la primera elaboración rigurosa» de aquél; cfr. *Marxisme et sciences humaines*, Paris, Gallimard, 1970, p. 63.

64. Cfr. P. RIEFF, *Freud, La mente de un moralista*, Buenos Aires, Paidós, 1966, p. 118.

65. De hecho la psicología de Freud tiene más de hermenéutica que de ciencia natural, y se la podría caracterizar, siguiendo a KARL-OTTO APEL, como «pre-eminently hermeneutic»; cfr. *The "A Priori" of Communication and the Foundation of the Humanities*, en «Man and World», 5 (1972), p. 23.

símbolo, etc.). Tenemos pues: semiótica y biología; universo de fuerza y universo de sentido; psique, vida mental y energía e investigaciones de energía. Pero estos son conceptos irreducibles, que pertenecen a dos universos del discurso completamente diferentes (explicación e interpretación). De sus relaciones saldrá ineluctablemente un discurso mixto<sup>66</sup>.

Ahora bien: es precisamente ahí donde se cifra la oferta metodología del psicoanálisis, pues nos enseña a ver la posibilidad —que vio muy bien Karl-Otto Apel (1972)— de «aplicar las típicas «cuasi-explicaciones» del psicoanálisis al servicio de la emancipación<sup>67</sup>. El psicoanálisis pudiera así servir de trampolín para saltar de una psicología fiscalista a una psicología humana, así como para reconsiderar sus respectivas posiciones excluyentes y extremas. Pero posibilidades aparte, consideremos ahora los problemas epistemológicos que, de hecho, plantea el psicoanálisis.

### *El psicoanálisis como pseudociencia*

Mientras los psicoanalistas no se decidan a admitir la tensión dialéctica entre explicación y comprensión que se esconde en su método; mientras que se nos presente el psicoanálisis como una ciencia natural que explica la mente, los críticos del psicoanálisis llevarán la mejor parte. La tarea les resultará, además, muy sencilla: si el psicoanálisis es una ciencia, debe satisfacer los criterios de la ciencia. Los críticos le aplican estos criterios, y el resultado es devastador. No es necesario detenerse mucho en esto, pues es irreplicable: el psicoanálisis no satisface los criterios de la ciencia. El punto más vulnerable es el «contexto de verificación» de esta extraña ciencia que pretende ser el psicoanálisis. La lógica de la prueba que usa el psicoanalista no es *objetiva* (no hay procedimientos comparativos ni estadísticos) sino que queda demasiado vinculada a las relaciones *subjetivas* entre analista y paciente.

66. Cfr. P. Ricoeur, *De l'interprétation. Essai sur Freud*, Paris, Seuil, 1965, p. 347. Cfr. también *Corrientes de la investigación en las ciencias sociales*, Madrid, Tecnos, 1982, p. 224.

67. Cfr. *The "A Priori" of Communication...*, 32.

Los intentos de validación de las hipótesis freudianas (vg. Complejo de Edipo, teoría pansexualista, represión, etc.) fueron desconfirmadas desde la sexuología o desde la antropología. O, cuando menos, se encontró que lo que era nuevo en las teorías freudianas, no era verdadero, o que lo que era verdadero no era nuevo. Con la particularidad —anota Eysenck (1980)— que «lo que atrae a la gente es lo verdadero, y entonces están dispuestos a tragarse también aquellos fragmentos que son nuevos pero no verdaderos»<sup>68</sup>. Tal vez lo que más desespera a los críticos allegados al positivismo lógico, sea el carácter irrefutable que ofrecen muchos de los conceptos de Freud. Ese mismo pansexualismo no puede explicar nada. Por lógica elemental, sabemos que un pansexualismo que interviene en *todas partes*, al no disponer de casos diferenciales contra los cuales podamos verificar sus universales pretensiones, no sabemos si *realmente* interviene en parte alguna. Es este un concepto perfectamente ilógico<sup>69</sup>.

Por otra parte, el fácil expediente de los psicoanalistas de apelar a *sólo los iniciados*, o la exclusión de terceros observadores o grupos de control, así como la ambigüedad —metaforismo (véase supra)— de sus conceptos (vg.: el de sexualidad, o el de «libido»), junto con el carácter de «textura abierta» que presentan sus nociones, etc., etc., descalifican al psicoanálisis ante sus críticos<sup>70</sup>. De modo muy particular, esa «relación asimétrica» entre las hipótesis y las expectativas que generan, a saber: las hipótesis se ven corroboradas cuando se cumplen, pero no son desacreditadas por su fracaso; esa necesidad del psicoanálisis por evitar la refutación (su característica irrefutabilidad) es lo que lo convierte, según Cioffi (1974)<sup>71</sup> en una

68. Cfr. H. EYSENCK, *El estudio experimental de las teorías freudianas*, Madrid, Alianza, 1980, p. 430.

69. Cfr. las interesantes críticas que hace M. MERLEAU-PONTY, *Sentido y sinsentido*, Barcelona, Península, pp. 54 ss.

70. Cfr. J. CORDERO PANDO, *Psicoanálisis y ciencia*, en "Estudios Filosóficos", 27 (1978), pp. 448 ss.

71. Cfr. *Freud y la idea de la pseudo-ciencia*, en N. CHOMSKY, S. Toulmin y otros, "La explicación en las ciencias de la conducta", Madrid, Alianza, 1974, pp. 327-370; especialmente 328.

pseudociencia. Pero nótese que «una pseudociencia *con éxito* es una gran hazaña intelectual y una empresa tan instructiva y valiosa como una ciencia genuina»<sup>72</sup>. Por eso, sin duda, nos merecerá la pena hacer estas consideraciones, pese a que algunos críticos profeticen un sombrío futuro para el psicoanálisis<sup>73</sup>.

*Psicoanálisis como "comprensión" de significaciones*

Los psicólogos positivos no creen que se esté haciendo ciencia hasta que se tienen las manos llenas de hechos positivos. Pero ¿dónde están los hechos del psicoanálisis? (¿Es un hecho el Complejo de Edipo?) Es imposible mostrarlos. En el psicoanálisis *no hay hechos*, hechos como variables ambientales y capaces de ser registrados por el observador externo. Los hechos del psicoanálisis —su «datum»— son de otra índole. De modo similar a lo que hacían los humanistas, los psicoanalistas ven en las variables externas, antes que sus dimensiones observables sensorialmente o susceptibles de cuantificación (matematización), ven, más bien, *significaciones para un sujeto*. También como los humanistas, lo que les importa en su psicología son los significados que un sujeto personal *asigna* a las llamadas variables independientes del ambiente que rodea al sujeto. Adviértase que también el psicólogo positivista ve significados y trabaja con significados —¡faltaría más!— ¿Qué tipo de saber sería una psicología que nada significase? Pero la diferencia es crucial: mientras que al psicólogo humanista o psicoanalista le importan los significados que *asignan sus sujetos* a las diferentes conductas, el psicólogo trabaja, más bien, con sujetos-objeto, que, como tales, son incapaces de asignar significados «científicos»; los significados sólo *los asigna él*, el psicólogo.

Tiene, pues, entera razón Skinner (1973) al reprochar a Freud

72. *Ibid.*, p. 327.

73. Cfr. H. EYSENCK & G. WILSON, *El estudio experimental de las teorías freudianas*, Madrid, Alianza, 1980, en donde se predice, un tanto precipitadamente: "Predecimos que el interés por el psicoanálisis, hoy ya tenue, morirá lentamente" (p. 430).

no sabría el científico *de qué* está hablando, ni *qué* explica realmente (conocería de modo matemáticamente preciso la correlación entre dos desconocidos).

Finalmente, esta asociación del psicoanálisis y la historia nos provee también de un principio evaluativo de los méritos del psicoanálisis más justo que todos los que le han sido aplicados hasta ahora (los cuales provenían del marco de referencia de la ciencia física). Pero ¿y si el psicoanálisis, pese a su evidente metafóricismo «hidráulico», no fuese una física, sino, más bien, una «comprensión» al modo de la historia? Si se cree que el psicoanálisis labora en el campo de la física, son irreplicables las críticas de los psicólogos que trabajan en ese terreno, y lo conocen indudablemente mejor. Pero no es así: el psicoanálisis labora en *otro* campo, en el campo de la palabra (incluso el inconsciente, decía Lacan, está estructurado como un lenguaje). Los psicólogos positivistas pueden todavía añadir que la palabra *también* es una conducta verbal, y como tal, sujeta igualmente a las leyes del conductismo. Pero eso disiparía lo esencial del psicoanálisis, a saber: «à l'intérieur de ce champ, ce qui vient au jour c'est un *autre langage, dissocié du langage commun*, et qui se donne à déchiffrer à travers ses effets de sens: symptômes, rêves, formations diverses, etc.»<sup>77</sup>.

El problema pendiente ahora es forjar conceptos capaces de dar cuenta de ese nuevo lenguaje nunca oído en psicología. Conceptos que han de articular esas relaciones de sentido; de los dos sentidos: el de los objetos sustituidos y el de los objetos originales e invisibles del deseo. Hay que hacer, pues, como propone Ricoeur (1965) una «sémantique du désir». Fue una gran aportación de Freud el haber sabido extender precisamente esta noción de deseo, motivo e intención a dos esferas en las que nadie lo había hecho antes: al no-conocimiento y a la no-voluntad, es decir, al *inconsciente* (a lo irracional) y a lo involuntario) que no es ya, en modo alguno, una sustancia o cosa (un nombre), sino un adjetivo. Si se emplea como nombre,

77. *Ib.*, p. 358.

habría que hacerse como si fuese una abreviación de (motivación o deseo) inconsciente <sup>78</sup>.

Pero desde nuestra perspectiva, nos sigue apareciendo como la aportación más interesante que Freud hizo a la psicología, el habernos enseñado a superar la dicotomía explicación/comprensión. Freud creó así fuera de la tradición de la ciencia oficial (o universitaria, como gusta denominarla L. Goldmann), una metodología psicológica de tipo estructural y genético para la comprensión de los fenómenos psicológicos. La lástima fue que Freud no llevase a cabo esa revolución metodológica, «influencée malgré tout par la science universitaire» <sup>79</sup>. Es decir, que Freud, pese a tener la talla de un gigantesco humanista, sucumbe —como sucumbieron también los grandes psicólogos de la «Gestalttheorie»—<sup>80</sup> ante la triunfante ola positivista de principios de siglo. Pese a que su psicología era una «sémantique du désir», Freud se puso a buscar «causas» que invariablemente encontraba en el pasado. La «autoridad del pasado» <sup>81</sup> le hizo renunciar a una dimensión esencial: el futuro. Sin ella, no se comprenden suficientemente los fenómenos humanos <sup>82</sup>. En suma: que Freud arruinó parte de sus geniales «comprensiones» por no haber mantenido hasta el final la tensión que tan bien había sabido descubrir entre:

(a) las fuerzas de equilibración dinámica, orientadas al futuro; y (b) el bloqueo que resulta de las fuerzas que obran en sentido contrario.

Freud creía que estas fuerzas (b) provenían exclusivamente del pasado. La ausencia del futuro aparece de este modo como una «inconsecuencia en el importante evento científico y cultural que es el psicoanálisis» <sup>83</sup>. L. Goldmann excusa, sin embar-

78. *Ib.*, 353.

79. Cfr. L. GOLDMANN, *Marrisme et sciences humaines*, p. 25.

80. Las cuales también habían sabido crear una psicología dinámica no atomizada y cuasi-fenomenológica, cfr. J. GARCIA PRADA, *El retorno a la experiencia*, Salamanca, S. Esteban, (en prensa).

81. Cfr. el sugestivo capítulo con este mismo título en P. RIEFF, *Freud. La mente de un moralista*, Buenos Aires, Paidós, 1966.

82. Cfr. L. GOLDMANN, l. c., p. 25.

83. Cfr. *Ib.*, p. 26.

el no haber sabido percibir el apremiante poder (cogency) de las variables ambientales (variables independientes) de las cuales la conducta es función. Innegablemente: en el psicoanálisis no se reconoce la urgencia de la observación de hechos científicos o variables, cuyo significado les viene dado por una teoría científica. En el psicoanálisis no se observa, se interpreta. La objeción de Skinner, por eso, sólo prueba que Freud no es un científico en el sentido skinneriano.

Lo mismo podríamos concluir de las críticas hechas al psicoanálisis por su desdén con la «*variable dependiente*» (la conducta observable). Skinner alega, al menos, cinco problemas<sup>74</sup> que el psicoanálisis trata indebidamente, cuando explica la conducta. Pero ocurre que son precisamente las «tinieblas interiores» —sin la connotación negativa— las que sedujeron el genio de Freud, y las que le ofrecieron la oportunidad de convertirse en el héroe de la primera exploración del Inconsciente. La conducta es para el psicoanálisis la expresión de los cambios del sentido ocurridos *en la historia* de un sujeto. El psicoanálisis nos aparece así más cercano a las ciencias históricas que a las ciencias físicas.

### *Psicoanálisis como historia de las significaciones*

Aunque sea brevemente, es conveniente anotar aquí otro carácter del psicoanálisis que vuelve a ofrecernos buenas posibilidades para superar la dicotomía «comprensión/explicación». Efectivamente, el psicoanálisis es una psicología más cercana a la comprensión histórica que a la explicación de las ciencias naturales, ya que se ocupa no de las «regularidades» de las ciencias naturales, sino de esas «tipificaciones» de la experiencia que tan brillantemente estudió Alfred Schutz, y que vienen a

74. Así queda sin explicación la naturaleza del acto como unidad de la conducta, (2) las dimensiones de la conducta, especialmente sus propias dinámicas, (3) el papel del aprendizaje, (4) la probabilidad de las respuestas y (5) Freud malinterpretó incluso la naturaleza de la observación de la conducta propia. Cfr. *A Critique of Psychoanalytic Concepts and Theories*, en TH. MILTON (ed.), "Theories of Psychotherapy". Nueva York, Sanders, 1973, pp. 185-191; especialmente 189.

ser los «instrumentos intelectuales para una comprensión dirigida a la singularidad»<sup>75</sup>. He ahí una muy interesante avenida para la reflexión epistemológica que quiera separarse del modelo de las «Naturwissenschaften» y tornar a la psicología en la tan ansiada ciencia humana. La psicología podría de este modo ensayar un nuevo patronazgo en la comprensión de sí misma, en vista del mal resultado que obtuvo del patronazgo de la física. La psicología hermenéutica toma muy en serio esta posibilidad.

La hermenéutica intenta una elucidación de los sentidos de las acciones de los otros (en la historia o en los textos); es un «Verstehen», una comprensión del otro. Pero también la historia y el psicoanálisis hacen una «Einfühlung» hacia el otro; por eso, estos saberes, vienen a ser una extensión de la comprensión del otro, que sólo es posible por auto-implicación de la objetividad (del historiador o del psicoanalista) con las acciones que narra o interpreta. Y también como en la hermenéutica, lo difícil, es decir, el lugar de las aporías se encuentra en ese momento del discurso en el que se introduce el elemento crítico-explicativo (el elemento científico). Es un momento difícil y peligroso porque corren el peligro el historiador o el psicólogo de caer en la tentación de partir de ese momento crítico-explicativo y construir desde ahí toda la historia o toda la psicología sobre un modelo cualquiera (usualmente, reductivo) de las «Naturwissenschaften»<sup>76</sup>.

Pero no ha de ser así. En la historia, como en la hermenéutica o en la psicología, estos dos momentos: la comprensión del sentido del lenguaje ordinario por autoimplicación en la experiencia vivida, ha de preceder, acompañar y envolver a ese segundo momento crítico-explicativo constitutivo del trabajo científico. No son dos momentos contrapuestos; ambos se implican y se necesitan complementariamente. De lo contrario,

75. Cfr. *Common Sense and Scientific Explanation of Human Action y Concept and Theory Formation in the Social Sciences*; ambos ensayos se encuentran en *Collected Papers. I*, La Haya, Nijhoff, 1970; en las pp. 3-47 y 48-66 respectivamente.

76. Cfr. P. RICOEUR, *De l'interpretation*, p. 142.

go, esta insuficiencia a Freud, considerando que tal vez su experiencia clínica le llevó a enfatizar (b) en perjuicio de (a) que es mucho menos frecuente en dicha práctica. Pero, más que las insuficiencias, retengamos las importantes directrices metodológicas que de él proceden.

### III. COMPRENDER «Y» EXPLICAR. HACIA UNA NUEVA HEURISTICA EN PSICOLOGIA

El psicoanálisis nos enseñaría lo mismo que la fenomenología hermenéutica o el «estructuralismo genético» de Goldmann, a saber: que, aunque el estatuto epistemológico no sea el mismo, explicación y comprensión no son en psicología dos saberes opuestos<sup>84</sup>. Se trataría, más bien, de un solo procedimiento («un seul et même procédé») referido a dos coordenadas diferentes<sup>85</sup>. Así resulta: que la *comprensión* tendría por misión captar y explicitar la estructura significativa inmanente del objeto de estudio. En contra de lo que vimos que hicieron los psicólogos, no habría que subrayar tan enérgicamente el papel que la conciencia tiene en estas estructuras. Las sospechas formuladas particularmente por la psicología profunda, el estructuralismo genético y la psicología dialéctica, nos han enseñado a ver cómo el *significado* de un comportamiento no se identifica, sin más, con las *intenciones conscientes* del sujeto. Tampoco tendría que seguir la nueva psicología los análisis de los humanistas y del mismo Freud demasiado centrados en el individuo, que aparece en ellos excesivamente privilegiado frente al mundo. La psicología fenomenológica-existencial, contrariamente, sólo entiende al hombre individual en tanto que inscrito «au monde, c'est dans le monde qu'il se connaît»<sup>86</sup>. La psicología fenomenológica supo librarse así, gracias al magisterio de Merleau-Ponty, del individualismo estéril de algunos psicólogos humanistas. La psicología dialéctica, por su parte,

84. *Ib.*, p. 65.

85. *Ib.*, p. 66.

86. Cfr. *Phénoménologie de la perception*, París, Gallimard, 1945, p. vi.

también supo situar debidamente en medio del mundo al individuo que «es parte integrante de una sociedad cambiante dentro del cambiante mundo»<sup>87</sup>.

Comprensión sería, pues, describir cuanto fuese posible esas estructuras significativas en las que se insertan las relaciones hombre-mundo. La descripción puede ser fenomenológica (por observación partícipe o por «auto-implicación») o de otra índole. Lo importante es que *salgan a la luz* los sentidos (de las acciones, de los sentimientos, de los pensamientos) humanos, así como los *cambios del sentido* (tarea en la que Freud fue un maestro). Se llegaría luego —inevitablemente—, a ese momento crítico-científico (el más difícil), el momento de la explicación. El papel de ésta sería entonces tomar esas estructuras del sentido que nos proporcionó, en un primer momento, la comprensión, e insertarlas en una «estructura inmeditamente englobante», como la llama Goldmann. Esta estructura englobante sería sólo un mero instrumento de análisis explicativo. Consiguientemente, lo único que se le pediría es que, entre los innumerables datos empíricos de que se dispone, diese cuenta sólo de aquéllos que son más importantes o relevantes para un propósito dado. Ello debería de hacerlo de modo tal que excluyese o hiciera improbable el que otro análisis diferente fuera capaz de proponer una estructura alterna que superase los resultados de la primera<sup>88</sup>; y si tiene una simple función explicativa, esta estructura englobante no tiene por qué ser ni tan atomizada ni tan detallada como creyeron algunos psicólogos conductistas. De lo que, en suma, se trataría es de re-construir esos encadenamientos de los diferentes motivos e intencionalidades que operan como «mediaciones» del sentido.

No hace falta añadir que el encadenamiento no se explicaría «casualmente» (en el sentido de Hume), sino con arreglo a una radical redefinición de la causalidad psíquica, que en esta nueva psicología habría, por supuesto, que hacer<sup>89</sup>.

87. Cfr. K. RIEGEL, *Three Paradigms of Developmental Psychology*, en A. BUSS (ed.), "Psychology in a Social Context", Nueva York, Irvington, 1979.

88. Cfr. L. GOLDMANN, *Marxisme...*, p. 67.

89. El modelo humeano fue el seguido y generalmente consagrado por

Para concluir, comprender y explicar, en vez de ser dos métodos discontinuos, ambos serían como un viaje de ida y vuelta<sup>90</sup>. Hasta tal punto acabarán ambos siendo indiferenciables, que bastará con tomar como objeto de estudio la estructura englobante, para que «aquello que era explicación se nos torne en comprensión»<sup>91</sup>. Reflexionar más detenidamente sobre estas complejas relaciones (las relaciones entre las «Naturwissenschaften» y las «Geisteswissenschaften») parece que ha de ser la tarea de esa nueva psicología hermenéutica, tarea que le viene señalada tanto por las insuficiencias de las explicaciones «naturalistas» de la psicología oficial, como por las pistas apenas entreabiertas, del psicoanálisis. Por ese camino tal vez encuentren los psicólogos esa nueva heurística que por doquier se está buscando; y logren con ella, por fin, explicar «Y» comprender al hombre como persona mejor de lo que se ha hecho hasta ahora.

JOSE MARIA GARCIA PRADA

todos los psicólogos positivos. Sin embargo, en la nueva Teoría Realista de la filosofía de la ciencia, ya no se habla de las relaciones entre observables, sino entre estados de un sistema dado en tiempos diferentes. Por tanto, la psicología futura probablemente no conceptualice sus leyes dentro de los cuadros de la causación humeana. Puesto que las leyes ya no se formulan acerca de sucesos que son correlacionados de modo regular o azaroso, sino más precisamente, las leyes son formuladas sobre las propiedades causales de la estructura que, como dice P. Manicas y P. Secord, (1983) "existe y opera en el mundo"; *Implications for Psychology of the New Philosophy of Science*, en "American Psychology", 38 (1983) p. 402. La nueva idea de causalidad psicológica se entenderá, pues, mejor que en la filosofía de Hume, dentro de la Teoría de los Sistemas.

90. Cfr. P. RICOEUR, *Expliquer et comprendre*; en "Revue Philosophique du Louvain", 75 (1977), p. 131.

91. Cfr. L. GELDMANN, l. c., p. 66.